



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2026

Elma Correa

Donde termina el verano





Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2026

Elma Correa

Donde termina el verano

1

Iban contentas cuando corrieron hasta la duna más alta del baldío, levantando una polvareda tras de sí. Sus huellas se imprimían en la tierra fina y arenosa, unas encima de las primeras y de las siguientes, superponiéndose, como si un ciempiés regresara sobre sus pasos una y otra y otra vez. Habían corrido cuadra y media sin parar, desde el jardincito reseco donde crecía un arbusto de jacaranda con hojas pálidas, rodeado de suculentas, biznagas y otros cactus que apenas sobrevivían a ese verano en que empezaba a hablarse en serio sobre el calentamiento global. Dejaron atrás el convivio improvisado por los vecinos. Carne asada, cervezas, sándwiches, refrescos Shasta de los abarrotes coreanos de Calxico, un pastel del mercado y una bocina que expulsaba cumbias, corridos y alguna balada pop. Apretaron el paso hasta que ya no oyeron las carcajadas, las voces sin ritmo que se arrastraban en un intento por seguir los estribillos de las canciones. Por fin estarían solas.

En la cumbre del remedo de montaña, Aimé se puso

a recoger piedras y Elisa quiso lanzarse hacia abajo, dar un gran salto que la acercara a la siguiente duna que estaba unos metros adelante. Sabía que caería de pie en las faldas de la montañita contigua, pero no quería alardear, así que dejó la mochila sobre la tierra, junto a un pedazo de ladrillo que tomó y le entregó a su amiga haciendo como que le ayudaba. Aimé sonrió y lanzó el ladrillo tan lejos como pudo. Continuó con las piedras, y Elisa se concentró en recoger ramitas de un chamizo de cachani-lla que crecía en la única orilla del baldío que tenía cerco. Así era su relación desde que se conocieron en segundo de primaria, cuando Aimé llegó a la colonia. Aquel verano acababan de terminar el sexto grado, y esa tarde sería la última que pasarían juntas.

El sol estaba a punto de ponerse y las nubes resplandecían en tonos naranja y rosa con destellos dorados, haciendo palidecer las breves pinceladas de azul que lograban colarse en aquel lienzo que era el cielo del desierto. Había algo de espacial, de fuera del mundo, que hizo que Elisa pensara en su banda favorita, la banda favorita de todas las niñas del planeta.

—Es como si las Spice nos vieran desde ahí —dijo, imaginándose el vestido de Baby Spice, el cabello de Ginger y el combinado deportivo de su heroína personal, Sporty.

Aimé volteó hacia arriba, hizo un esfuerzo por ver lo que Elisa miraba y dijo:

—Falta Posh.

Elisa la ignoró y le entregó las ramitas. Aimé había dispuesto las piedras en círculo y colocó las ramas al centro, después sacó un pedazo de papel y un encendedor del bolsillo de su pantalón.

Aimé pensó en su amiga, que tenía una imaginación tan sin sentido común. Ahí donde cualquiera miraría un algodón de azúcar, Elisa veía a las Spice Girls. Ella, por el contrario, no tenía tiempo para esas cuestiones. Lo suyo era resolver con pragmatismo, lo que contrastaba con la serie de supersticiones con las que regía su joven vida. Era influencia de su madre. Aimé no tomaba decisiones sin consultar el horóscopo semanal, incluso había presentado un trabajo final de Español sobre la lectura de la palma de la mano, que, gracias a la enciclopedia Encarta, descubrió que se llamaba quiromancia.

Por eso estaba contenta aquella tarde, porque su horóscopo predijo una despedida, sí, pero una despedida breve, así que no había nada que temer, ella y Elisa volverían a verse muy pronto.

—¿Y ahora qué va a hacer esta pobre niña? —había dicho la señora Luz, sin preocuparse por que Aimé la escuchara, mientras apagaba su cigarro en un vaso de *foam*.

—Visitarme en las vacaciones —contestó Elisa, molesta, defendiendo a su amiga de la lástima de los presentes.

—Cuándo, si las vacaciones acaban de empezar.

Aunque Elisa sabía que la señora Luz tenía razón, no iba a darle el gusto a una anciana malvada que olía feo, tenía dientes terribles y se ocultaba detrás de su edad para ser insidiosa.

—Lo bueno es que Elisita se va, Marina, con lo difíciles que están los tiempos —dijo otra vecina, dirigiéndose a la madre de Elisa.

Se refería a las desapariciones de niños en la periferia

de la ciudad. Y todos ellos, los invitados a aquella reunión de vecinos para festejar el triunfo de Elisa en las jornadas estatales de atletismo, vivían en la periferia. Eran la periferia.

Se decía que por esos rumbos robaban niños desde hacía mucho tiempo. Todos tenían la historia de un hijo, un sobrino o un hermano de algún conocido que se había desvanecido en el aire. Solo hasta que hicieron ese reportaje a unos meses de que se firmara el Tratado de Libre Comercio, cuatro años antes, la policía abrió una investigación. Tenían miedo de que un medio californiano trajera la noticia, y las inversiones de millones de dólares en la frontera se esfumaran igual que los niños.

Desde entonces, las mamás dejaban a sus hijos en la puerta de la primaria y esperaban ahí afuera las cuatro horas hasta la salida para llevarlos sanos y salvos de regreso a casa. Las maestras les repetían una y otra vez a los niños que no hablaran con extraños. Y en el único canal de televisión de la ciudad se revivió la campaña de «Ojo, mucho ojo» con personajes de la farándula local que nadie conocía. Los señores sacaban sillas a las banquetas y ahí tomaban su cerveza de la tarde, sospechando de cualquiera, especialmente de los gitanos. El papá de Elisa les había dicho que no se aproximaran a ellos, que si las veía cerca del campamento les iba a arrancar las orejas a las dos, una amenaza que se refería a los jalones de patillas por los que era célebre y que las niñas consideraban absurda. ¿Por qué las castigarían por caminar por las calles de la colonia?, ¿acaso no estaban en su derecho? Ese recelo general hacía que los forasteros les despertaran más curiosidad.

El campamento gitano estaba justo enfrente del baldío donde jugaban, en otro lote abandonado que nadie estaba seguro de a quién le pertenecía, por eso pudieron llegar y poner sus casas rodantes, carpas y tiendas de campaña.

Y así como los gitanos habían reclamado aquel espacio, las niñas también lo hicieron con el suyo. En el barrio se sabía. El baldío con dunas de tierra y desperdicios, surcado por los caminos que Aimé y Elisa trazaban al correr o al andar en sus bicicletas, era de su propiedad. El cuadrante sin cercar colindaba al este con una avenida grande, que era poco transitada; al oeste con el terreno que ocupaban los gitanos; al sur se abría la colonia, que entonces era como decir el mundo, y al norte se levantaban las placas de acero que separaban el país de Estados Unidos. Aunque en esa época no pensaban en términos de países o Estados nación, lo que ese cerco separaba era algo más pequeño, más accesible y manejable. Las separaba del *mall*, de la comida rápida y de las tiendas chinas y coreanas donde cualquier cosa costaba un dólar. El muro dividía sus universos personales de la ciudad estadounidense contigua, que era más o menos del mismo tamaño de un barrio mexicano promedio.

Aimé encendió la hoja de papel. Era un ritual que había leído en una revista. Escribieron sus miedos y sus deseos, y después los purificaron con fuego. Se tomaron de las manos en silencio. Si ponían atención, les llegaba el rumor del campamento gitano. Ahí estarían las mujeres. Faldas largas, túnicas, blusas vaporosas, a veces turbante, a veces cabello salvaje. Era raro que, a pesar de que estaban cubiertas por completo, se intuía una sensualidad

extraña en ellas. Una disposición al sexo que no expelía ninguna mujer que las niñas conocieran. En ese entonces no sabían que se trataba de algo sexual, solo era exótico, exuberante de un modo desconocido. Tampoco sabían decir si aquellas mujeres eran feas o hermosas. Lo único claro era que las perturbaban. Los niños también. Tan iguales y tan distintos a las dos amigas. Ellas tenían padres que trabajaban en el *field* y les daban dólares, pocos, pero eran dólares y no pesos. Tenían madres amorosas, sumisas con sus maridos y feroces con sus hijos, de delantal y trapo húmedo siempre listo y a la mano. Hermanitos y primitos a quienes pelearles los juguetes. Los gitanos parecían no poseer absolutamente nada. Y aun así eran los únicos que no se acercaban cuando llegaban los aleluyas.

Esa era la forma despectiva de llamar a las congregaciones de las Iglesias estadounidenses que cruzaban al lado pobre de la frontera para ganar adeptos, curar sus conciencias y asegurar su entrada al reino de su Dios antes del juicio final. Mormones, metodistas, testigos de Jehová, cristianos evangélicos. Cada dos o tres semanas, la caravana aparecía por la calle principal de la colonia repartiendo comida enlatada y ropa del Ejército de Salvación. Como esa tarde en que el barrio palpitaba, lleno de vida, lleno de sospechosos, lleno de versiones distintas y contradictorias de lo que sucedió. Los vecinos del barrio en la fiesta de despedida de Elisa; los gitanos en su campamento planeando robos y estafas, que era lo que imaginaban todos los adultos de la colonia; los aleluyas con su camioncito, lleno lo mismo de promesas de un mundo mejor que de amenazas del apocalipsis.

Una ráfaga de viento seco se llevó las cenizas del papel. Aimé y Elisa se recostaron en la tierra. Cuando vas a cumplir doce años, tener una mejor amiga desde los siete es como tener una hermana, pero una que te agrada porque no es de tu familia. Las niñas eran tan cercanas que a veces se comportaban como si fueran siamesas, como si estuvieran unidas también físicamente y, cuando alguna persona que no las conocía preguntaba sobre su parentesco, se quedaba segura de su filiación. Hermanas legítimas. Por adopción y decisión. Jamás peleaban, no porque faltaran motivos, sino porque Aimé era servicial y atenta, pero no de un modo patético, sino por gusto, porque admiraba a Elisa y deseaba verla feliz. Sabía que su amiga era especial y ella también se sentía especial por formar parte de su día a día. Incluso durante un tiempo Elisa trató de integrar a Aimé a sus entrenamientos, por diversión, hasta que fue claro que no funcionaría. Elisa, en cambio, estaba hecha para triunfar.

Tenía los mejores puntajes del municipio. Se había destacado desde preescolar. Era rápida, ágil, precisa, disciplinada. El profesor de Educación Física de la primaria la vio y supo que no poseía lo necesario como entrenador para ayudarla a explotar sus habilidades, así que, durante los dos años siguientes, la becó con su propio dinero para que entrenara en la Ciudad Deportiva. Para quinto de primaria, Elisa ya había ganado todos los campeonatos de atletismo del municipio y entrenaba los fines de semana en el centro de alto rendimiento de Tijuana gracias a un sistema de patrocinios, porque sus padres no podían permitirse pagar esos viajes semanales a la ciudad vecina. Ahí se concentró en el salto de longitud y

calificó a la olimpiada estatal en la categoría de once y doce años.

El premio era una beca del cien por ciento para estudiar en una secundaria de deportistas en Monterrey, donde tendría clases y entrenamiento de tiempo completo. En esa escuela se preparaba a los atletas del mañana. Y Elisa ganó con un récord de tres metros y sesenta y dos centímetros. Por suerte, una prima segunda de su madre había estudiado en la Universidad de Nuevo León y se había quedado a vivir en Monterrey. Ella recibiría a la niña.

Elisa no pensaba en nada de eso, ella solo corría y después saltaba. Su cuerpo hacía el trabajo. No se sentía diferente ni mejor que las otras niñas, aunque disfrutaba la atención. Le gustaba Aimé, le gustaba estar con ella porque era fácil y cómodo. Se sentía aceptada, y su amiga era la única que parecía no esperar nada a cambio más que su compañía. Los demás siempre querían algo. Más velocidad, más altura, más esfuerzo; una foto, una sonrisa, un abrazo. Las personas pensaban que podían tocarla porque era una especie de famosa de barrio. Sus padres también eran molestos. A Elisa le daba vergüenza ganar cosas con sus competencias. Tener que tomar los refrescos de la marca que la patrocinaba, aceptar que en la tienda de don Jacinto les dieran jamón o pan, y saber que los viajes a Tijuana eran gratis y que en Monterrey también viviría de la caridad; todo eso la hacía renegar de sus talentos. Después estaba en la pista y las dudas y miedos se desvanecían.

Elisa había nacido para ganar y Aimé, para ser una espectadora. No era como si careciera de posibilidades.

A los once años las posibilidades son infinitas. El futuro es deslumbrante y lejano al mismo tiempo, y no tiene prisa por llegar. Aimé era diligente, hacendosa, propiciaba el bienestar ajeno. Se ganaba su lugar a fuerza de ser indispensable. Marina, la madre de Elisa, decía que era una niña magnífica. *Magnífica* era una palabra que había robado de una telenovela, no era algo que se usara en el barrio. Marina sabía que era un buen cumplido y Aimé se empeñaba en ser tan magnífica como pudiera, en no defraudar, en demostrarles a todos que la mamá de su amiga tenía razón.

Así que, cuando estaban en casa de Elisa, Aimé ayudaba en la cocina, ponía la mesa, levantaba y lavaba sus platos. Era sencillo porque en esa familia solo eran tres personas. Y si Elisa se atrasaba en las tareas por los entrenamientos, Aimé se encargaba de ello. Aunque en la primaria nunca hubieran reprobado a Elisa, si cumplió con las entregas y los exámenes fue gracias a su amiga.

En la casa de Aimé las cosas eran diferentes. No eran tan malas como podían ser, como lo eran para muchos otros niños, pero no eran como en la familia de Elisa. Los padres de Aimé eran de Sinaloa, de una ranchería cercana a Badiraguato. Habían llegado a Mexicali huyendo de un problema que el papá de Aimé tuvo con un grupo de personas que andaban con los señores de la sierra. Como casi todos los migrantes nacionales, esperaban que el paso por Mexicali y sus veranos insufribles fuera algo temporal; su destino real era Tijuana, con su clima californiano y sus opciones de trabajo en ambos lados de la frontera. Y, como muchos de esos migrantes nacionales sin suerte, se habían asentado de mala gana en aquella

colonia popular, donde el padre de Aimé se ocupaba en un taller mecánico.

Además, como ocurría con muchas familias migrantes en general, su casa era el epicentro de la migración de su pueblo. A ella llegaban familiares, amigos, conocidos y extraños enviados por cualquiera con referencias. Aimé nunca podía estar sola. Pasaba casi todo el año durmiendo en un colchón en el piso de la habitación de sus papás, mientras su cuarto era ocupado por los inquilinos temporales. Las estancias variaban de acuerdo con lo que tardaran en conseguir coyote para cruzar la frontera, en establecerse en algún otro punto de la ciudad o el estado, o en desilusionarse y regresar a sus lugares de origen. Aquel verano había dos muchachos recién llegados.

A Juana Emilia, la mamá de Aimé, también le gustaba la amistad de su hija con Elisa. Pensaba que le hacía bien codearse con la familia célebre del barrio. Era una mujer que confiaba en la belleza y en los caminos que esta cualidad les abría a las mujeres. Ella era hermosa, una vez había sido dama de una reina del carnaval de Mazatlán. Y Aimé también lo sería, cuando se hiciera mayor, cuando sus curvas se pronunciaran y su voluptuosidad apareciera. No había prisa, la naturaleza era sabia y seguía su curso. Juana Emilia era consciente de que la chiquilla flacucha y desgarbada que era Aimé florecería para salir de ese barrio ingrato. No lo sabía por una mera corazonada o una intuición de madre, lo sabía porque tenía pruebas.

Juana Emilia fue una de las primeras en acercarse al campamento gitano. A escondidas de su marido y de los vecinos, una noche se escabulló y pidió que le adivinaran

el futuro. La gitana, una mujer muy mayor, de largos cabellos blancos, le tomó las manos y las observó a la luz de un foco rodeado de polillas. Después le tiró las cartas. Barajeó y cortó el mazo siete veces, y luego le dijo que eligiera nueve cartas. Las volteó y le pidió seleccionar tres de acuerdo con sus cualidades, tres de acuerdo con sus defectos y tres pensando en su futuro. Y ahí estaba claramente expuesto: Aimé era quien la sacaría adelante. No su esposo, no su hijo. Nadie más que Aimé. Al salir de la carpa, la mujer le entregó dos cuarzos bendecidos, con los que Juana Emilia mandó a hacer unos dijes a juego para ella y su hija.

En el barrio había una sola secundaria, a la que se inscribirían todos los chicos de la generación de Aimé y Elisa. En lugares como ese se crecía con las mismas personas, sin oportunidad de ver otros estilos de vida. Juana Emilia sabía que eso era importante, las relaciones, los vínculos que Aimé hiciera en otros ámbitos. Por eso aplaudía su amistad con Elisa, porque cuando la acompañaba a sus competencias veía algo diferente. Así, sus aspiraciones y sus sueños se cumplirían, solo necesitaba poner a Aimé en el camino correcto. Esa confianza de ver realizado su anhelo de superación era lo que le permitía seguir, día tras día, lavando la grasa de motor de la ropa de su marido, cocinando guisos de papas con arroz y completando la despensa gracias a la beneficencia de los aleluyas.

En la colonia los hogares eran católicos, apostólicos y romanos, y no aceptaban propaganda de ninguna otra religión a menos que los pastores, predicadores o sacerdotes de las Iglesias gringas llevaran las marcas correctas.